

## Prólogo

Este libro es el resultado del interés que suscita la persona de Ángel Pascual y Devesa (APD) en sus múltiples facetas. Médico, periodista, político, escritor en castellano y valenciano, foguerer, amante del deporte... APD pertenecía a ese grupo de ciudadanos que, en Alicante, durante los años de la II República, predominaba en la política local y tenía, por primera vez, un proyecto para la ciudad. Pertenecientes a una pequeña burguesía progresista, afiliados a partidos republicanos, miembros en muchos casos de la masonería, se implicaron con entusiasmo y siempre con una perspectiva progresista, en la labor modernizadora del nuevo régimen, abordaron una serie de cambios y mejoras urbanísticas –el desmonte de la Montañeta, la urbanización de la playa de San Juan–, así como la solución del problema de la enseñanza en la localidad, participaron activamente en la vida asociativa y cultural –en el Ateneo, en el Círculo de Bellas Artes– y en las fiestas de la ciudad. Eran, entre otros muchos, Lorenzo Carbonell, Franklin Albricias, Antonio Pérez Torreblanca, Eliseo Gómez Serrano, Jerónimo Gomáriz, Juan Estruch, Álvaro y Fermín Botella, Antonio Eulogio, Agustín Mora, Manuel Pomares Monleón, Marcial Samper, etc. El triunfo del franquismo en la Guerra Civil dispersó a este grupo y destruyó esa labor iniciada el 14 de abril de 1931: algunos perdieron la vida, otros tuvieron que marchar al exilio y otros estuvieron encarcelados y vivieron el exilio interior, sin que nunca volvieran a ejercer, como tal grupo, influencia en los asuntos de la ciudad.

Mi padre, Vicente Pascual Megías, era el pequeño de los tres hijos varones de Ángel Pascual y Devesa. Cuando murió mi abuelo, mi padre acudió desde Mallorca donde estaba realizando su servicio militar. Al desmontarse la casa del huerto de Carolinas, Villa Vicenta, se repartió lo poco que quedaba en ella. Mi padre, entre otras cosas, atesoró una caja donde se guardaban las cuartillas y correspondencia de mi abuelo. Siempre estuvo esa caja en el fondo de algún armario de la casa. Solo recuerdo una vez, cuando era pequeña, que mi padre sacase la caja de su escondite. Estando los dos sentados en un sofá que había en la salita de espera de la casa –entonces aún pasaba consulta en casa– comenzó a leerme algo, no recuerdo qué, de lo escrito en aquellas cuartillas. Él estaba emocionado y le temblaba la voz al leer y yo me contagié de su estado de ánimo y acabamos los dos llorando. Después de ese día nunca volvió a sacar la caja de los papeles.

Antes de morir mi padre, que ya estaba enfermo, me preguntó si yo querría conservar la caja en el futuro. Le contesté que sí, que naturalmente que me encantaría. Y así fue como, cuando él falleció, recogí el legado de mi abuelo Ángel. Llena de curiosidad, cuando hube organizado la vida de mi madre, despachado los mil trámites administrativos y crematísticos que acompañan a la pena de una pérdida, por fin pude sentarme a curiosear y leer las páginas conservadas durante tantos años. Fue toda una revelación. Yo no conocí a mi abuelo, pero obviamente en casa se hablaba a menudo de él y siempre me sorprendió que la gente continuase recordándole después de tanto tiempo. Leí sus memorias, escritas en los largos años de inactividad tras la Guerra Civil, que le sirvieron para mantenerse ocupado y no perder la paciencia y el equilibrio emocional. También leí sus obras de teatro, su correspondencia, sus charlas radiofónicas instruyendo sobre diversos aspectos relacionados con la pediatría... Poco a poco, a medida que iba leyendo y ordenando sus escritos fui conociendo la personalidad de mi abuelo. Resultó ser una persona culta, sencilla, muy amigo de sus amigos, con un gran carisma y don de gentes y sobre todo con una gran dignidad. Tenía una curiosidad innata hacia cualquier asunto que se cruzaba en su camino y a todo le buscaba una explicación racional. Me gustó que a lo largo de los diarios que relatan su vida al salir del Reformatorio, su huida a València y todas las peripecias vividas, nunca mostró una actitud rencorosa, ni amarga, ni se arrepintió de no haber sabido esquivar su destino; supo sobrellevarlo con una serenidad de espíritu envidiable, aunque imagino que tendría sus momentos de angustia y de decaimiento.

De todos los escritos de mi abuelo siento especial predilección por sus memorias. No son un diario, sino más bien un ejercicio mental de recopilación de vivencias, sucesos y reflexiones, que reflejan el pensamiento de uno de los componentes de aquella generación de idealistas que pensaban que el mundo podía mejorar con la ayuda de todos. En la introducción de algunos de sus cuadernos explica cuál fue su intención al escribirlos:

#### *Palabras previas<sup>1</sup>*

Cuanto viene a continuación se escribió al finalizar el año 1941. El frío de la estación y el frío de las circunstancias –el frío invernal y el frío nacional– me recluyeron muchos meses, y busqué el abrigo del recogimiento en mí mismo, al calor de un suave brasero de herraj; el herraj tiene rescoldo inofensivo y cómodo nutrimento; ya estaba yo cansado de la leña y harto del cisco. Sentado a la mesa camilla, de intimidad y tibieza familiares, escribí las páginas siguientes y también estos renglones preliminares que, cronológicamente, fueron los últimos, sin esperar la sazón de que pudieran publicarse. No sé si verán la luz

---

1. En «Historia Clínica (1936-1941)».

algún día. ¡Qué más quisiera yo!... No por vanidad de autor, sino porque antes de verla ellos, la habría visto yo, que buena falta me hace.

En todo el largo paréntesis que comenzó el 18 de julio de 1936, y aún no se ha cerrado, la manera de repeler la hosquedad circundante ha sido para mí el mantenimiento de una corriente de dentro a fuera, de una actividad centrífuga que brote de mi interior proyectada, y sostenga lejos el acoso del bloqueo, evitándome su contacto. Por eso escribí incesantemente, como un forzado achicando el agua que amenaza ahogarle. Cualquier corriente de fuera a dentro lleva adherido y arrastra contra mí lo desagradable del exterior, tan copioso y movedizo. Tuve que crearme un ambiente propicio, segregándolo de mí mismo, y mantenerlo, para defenderme del que hay.

El extrañamiento de la patria es dolorosísimo; pero el destierro dentro de ella es amargo. Nos causa menos daño la patria cuando se nos aleja que cuando se nos embiste. Pienso en los expatriados y les acompaño en sus melancolías; también ellos nos recordarán a los de acá con tristeza. Unos y otros deseamos que se acabe este suplicio para volver a vivir...Pero ellos están en la barrera, y los de aquí estamos encunados.<sup>2</sup>

He pretendido llenar las horas largas de esta ingrata jornada con el hilván de las notas que siguen. Son notas de médico, no podían ser de otra índole, por mi disciplina y por el caso de que se trata, que es un caso clínico. Se alteró la salud de España en 1936 y todavía no la ha recobrado.

Y para mantenerme en la imparcialidad expositiva, procuré no perder el buen humor, que suele ser el envase aislante de la emoción, así la emoción se queda dentro, y no molesta a los demás. Eso aparte de que este espectáculo nuestro solo nosotros podemos tomarlo en serio, porque nos duele. Hablar de él sin quejarse ya es digno de imparcialidad; y mirarlo como humorada, acredita de espectador; y a eso aspiro... Que sea trágico afecta a los actores nada más. Yo ahora solo quiero ser espectador, si me dejan. Cuando se acabe todo ya se enjuiciará; actualmente estamos en el apuntamiento, y este ha de ser de lo que interese a todos; lo privado, ni ahora ni nunca importa, cada cual se lo curará según su mecanismo resolutorio temperamental. Yo tengo mi dolor, y porque lo siento urgente y entrañable como una desgarradura del alma rota, me alivia que revierta y se transfunda al terreno impersonal de todos, incorporado sin nombre y sin contornos. La voz universal llena los ámbitos; la mía, si pretendiera alzarse, caería misérrima a mis pies... Percibo mi voz en la emoción inexpressada que me envuelve, que nos envuelve a todos, a los de aquí y a los de allá, en un regazo común que debe templar el llanto y el pensamiento en plegaria y en buena voluntad. A la memoria de todos hago dedicación de este pergeño de mi destierro y de mi soledad. Mi dolor por el hermano caído me los hace sentir a todos y a todos me une con igual vinculación.

---

2. Escribí estas páginas acompañado y transido por el recuerdo de todos nuestros caídos, de todos, que todos son nuestros aunque no queramos, y debemos querer; los he recordado a todos, sin reserva alguna, sin la más leve sombra que hubiera hecho mezquina e impura la devoción por el mío, caído bajo el cielo común de esta pobre España...

### *Exculpación*<sup>3</sup>

Era mi propósito llenar las penosas y largas etapas de fugitivo con evocaciones objetivadas. Pretendí hacerlas pasar ante mis ojos nostálgicos como un álbum de viejas fotografías familiares, y que la pluma las apostillase con la impersonal esquematización de un inventario; concisa iconografía de fechas, figuras, episodios y lugares. Bien a pesar mío, no he logrado lo que me proponía. Me llegaban con excesiva viveza las llamas de la hoguera para que mi voz conservase su calor normal, sin calentarse.

Ando errante, con lo puesto, y aún dejándome a jirones entre las zarzas y angosturas del mal tiempo. Sin otro vehículo, que me lleve y me traiga hasta aquella ciudad, que el frágil y cansado hormiguero de mi pensamiento, roto y taladrado por tanto sobresalto y por tanto enojo...

Y esta es mi exculpación... ¿Sirve?... No sé. Porque a fuerza de exculparme una vez, y otra, y otra, habré adquirido habilidad para eso, como los delincuentes habituales. Por eso tampoco me inquietan el fallo y la sentencia que recaigan sobre estas páginas. ¡También se me ha hecho callo en el ánimo para las sentencias y las condenas: he padecido tantas en tan poco tiempo!... Asimismo tengo experiencia de la escasa eficacia de las exculpaciones; no suelen servir para nada bueno: o se quedan cortas, o se pasan. No son más que un intercambio de cortesías: la de exponerlas, y la de oír las; cuando se oyen, porque frecuentemente se duermen o se distraen los auditores».

Además de los diarios o memorias que escribió Ángel Pascual Devesa, los escritos literarios, las obras de teatro, la correspondencia conservada –que, como el resto de sus papeles, puede consultarse digitalizada en el Archivo de la Democracia de la Universidad de Alicante– revelan muchos rasgos de su personalidad, sus esperanzas políticas, sus inquietudes ciudadanas, la añoranza por los amigos en su exilio interior, el desengaño con antiguas amistades que ha ido perdiendo por el camino, etc.

Esta edición de los recuerdos y reflexiones de APD que –como ocurría con los *Diarios de la Guerra Civil* de Eliseo Gómez Serrano, su gran amigo, publicados en su día por el Archivo de la Democracia de la Universidad de Alicante<sup>4</sup> pretende poner al alcance de los alicantinos y alicantinas una muestra del talante con que el citado grupo, del que hemos hablado al principio de este prólogo, se planteó la mejora de su sociedad y cómo fueron, paradójicamente, castigados por ello tras la implantación de la dictadura franquista.

Mercedes Pascual Artiaga

---

3. En «Aquella ciudad (1943)».

4. Eliseo Gómez Serrano, *Diarios de la Guerra Civil (1936-1939)*, Universidad de Alicante, Alicante, 2008.